

ARTES E INDUSTRIAS POPULARES

Renglones contados. Parquedad en la relación. Lo que sería objeto de un estudio amplio y detallado tiene que esbozarse en las pocas líneas de una página.

El aspecto de la actividad industrial y artística de la ciudad de Otavalo merece un examen minucioso que lleva a hondas consideraciones. Pocos lugares de nuestro país presentan a este respecto síntomas tan halagadores como el de esta población. Motivos poderosos benefician este cariz del progreso. Una casi nivelación de recursos materiales origina en los asociados un despertar de iniciativas que se cristaliza en el aporte valioso de varias actividades de la vida industrial. Pueblo sin cadenas, surge solo. Confiado en sus fuerzas propias. Individuos no maniatados por el compromiso de sumisión al amo, laboran potentes un porvenir seguro. De esto brota también el anhelo de la superación. Se ha

hecho carne de este pueblo la convicción de la suficiencia. No es una vanidad. Los hechos lo demuestran.

Acicateada por el conocimiento de su propio valer, va esta porción humana de Imbabura por vías expeditas hacia la realización de un noble ideal. Otavalo, ante todo y sobre todo, se muestra a la patria como un pueblo laborioso. Y en circunstancias como las actuales en que se reclama a los trabajadores —para evitar el desate funesto de los que viven a expensas del Erario— es mérito inmenso de este pueblo viril que emerge frente a esta única consigna: trabajo, trabajo.

Prescindamos de esos grandes laboratorios del bienestar, las fábricas. (Son algunas las que están ubicadas en este sector: La Joya, San Pedro, Jatunyacu, que producen grandes cantidades de tejidos de algodón, casinetes, pañolones, liencillos, medias, vestidos de punto, hilo, etc., que abastecen al sur de Colombia y a algunas de nuestras provincias interioranas y que dan empleo a centenares de brazos jóvenes. Además, la cervecería IMBABURA, las de aguas gaseosas. La Efervescente, las de licores Excelsior, La Colmena, La Cosmopolita, Venecia, que no dejan de ejercer gran actividad en el comercio de la provincia).

Miremos en un plano más aproximado pero también extenso como el anterior. La industria netamente popular.

Indios y mestizos colaboran en actividad múltiple. Nuestro indio, al que su holgura económica le coloca en situación que envidiarían algunos *blancos*, se ha desenvuelto en un medio de laboriosidad. No es el *guasicama* degradado que aguarda el men-drugo que le arroja el patrón después de haberle dado un puntapié. Es el ente activo que trabaja con plena conciencia del rendimiento que puede obtener de su dedicación a la tarea. Por esta razón hasta ha mejorado en aspecto. Ejemplar bello y aseado que cuida bien de lo propio. Espíritu arisco por tradición. Nada más. No esclavo de la tierra. Es su amo.

Cada parcialidad muestra un aspecto de su labor especial. Pinsaquí, Ilumán, Quinchuquí, Peguche, Pucará, Agato y Carabuela se distinguen por los afamados tejidos de lana que laboran en sus telares (ponchos, cobertores, bufandas, chalinas, casimires, bayetas). Estas prendas tienen gran consumo dentro de la República y en el Departamento de Nariño. Algunos industriales indígenas fueron galardonados con medallas de oro y menciones honoríficas en la exposición del centenario de la batalla de Pichincha y de Ibarra. Las parcialidades de San Rafael y San Miguel, Camuendo, fabrican esteras y aventadores. El material lo tienen de las orillas de San Pablo (la totora). Las de Calpaquí se dedican a la curtiembre. Las suelas son magníficas y muy estimadas en la capital como material de duración. Imbabuela, Punyaro y Santiaguillo trabajan en el tejido de zuro. Canastas, petacas, "ternos" (algunos pares de canastos que disminuyen gradualmente de tamaño y coloreados en la forma más atractiva). Los indios de las parcialidades de San Juan y Asama tejen las *macanas* y los ponchos de algodón y las fajas en las cuales hay que admirar caprichosos dibujos decorativos.

El mestizo, más preparado que el indio. No sólo fabrica sino que, aun más, realiza obra de arte. Paciente, esmerado, no piensa tanto en la utilidad que obtendría de su obra mercada, sino en la calidad de ésta. Es lo esencial. (Resume estética y habilidad). El artesano otavaleño, como pocos, ha probado su competencia y dominio en ciertas artes manuales como la carpintería por ejemplo. Es fama que ha traspasado las lindes todas del país, la destreza de nuestro carpintero. Si se conservara los artefactos que merecieron premios en varios concursos de arte y en exposiciones nacionales, se tendría para un museo. Se presentó un piano, construido con materiales del lugar. El ingenio va más allá: culmina en la presentación de dos máquinas, una de coser y otra fotográfica, en las que apenas figuraba el hierro.

La especialización en el tallado ha adquirido caracteres propios. Muestra de lo que queda dicho son el altar mayor del Jordán y las puertas principales de dicho templo y la de San Luis. La admiración creciente de cuantos han visitado este lugar se ha

patentizado en elogios a la habilidad de nuestro artesano. Se ha implantado la industria de la construcción de muebles de mimbre que rivalizan y superan a los extranjeros. Para el asiento de esterilla se ha obtenido el material de una vena que es inagotable en la región de Intag.

La ebanistería, propia del clásico barrio de "San Blas" y de la parroquia "Espejo" ha producido soberbios instrumentos. La sombrerería ha alcanzado mucho desarrollo. Se ha llegado a imitar hábilmente el sombrero extranjero. En Otavalo "La Industrial" y en Ilumán se impusieron, no ha muchos años, con esta prenda, en varias secciones del país. Más aún, gran parte del ejército usó el afamado "casco" otavaleño. San Pablo, la parroquia más importante del Cantón, produce una apreciable cantidad de sombreros de paja toquilla.

La fabricación de peines, hebillas, botones, zarcillos, aros, con material que proporciona las astas del ganado, ha llegado en estos tiempos a imponerse en los mercados. La tintorería en Otavalo y Quichinche, la alfarería y la industria de la elaboración del jabón prieto, se incrementan diariamente. Debemos citar también la explotación de la cal y más materiales de construcción.

El inquisidor sagaz, que escruta en la actividad el molde en que se ha vaciado el sentido práctico de los pueblos, puede encontrar en esa a manera de exposición de productos industriales que se verifica semanalmente los días sábados, al aire libre, hileras abigarradas de artículos populares que no necesitan de réclame. El productor, tranquilo, cruzado de brazos, pasea su mirada satisfecha en la seguridad de que ofrece al consumo manufacturas de buena calidad y a bajos precios.

El arte popular merece una línea más. La escultura y la pintura, cuyo sesgo se ha dirigido al motivo religioso, no ha alcanzado mayor importancia.

Nos referiremos a la música. El *San Juan* sobrepasa todo entusiasmo. Los aires de esta melodía inspiran no se qué oculta

confianza en el porvenir. El pueblo que trabaja, necesita halagar su espíritu con la impregnación sutil de la música. Surge la obligación de crear la tonada que se amolde al alma sensitiva del hombre de pueblo. No faltan los compositores anónimos. La inspiración: el medio agreste con gran fondo de alma indiana. He allí el tema.

"Imbabura", Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.